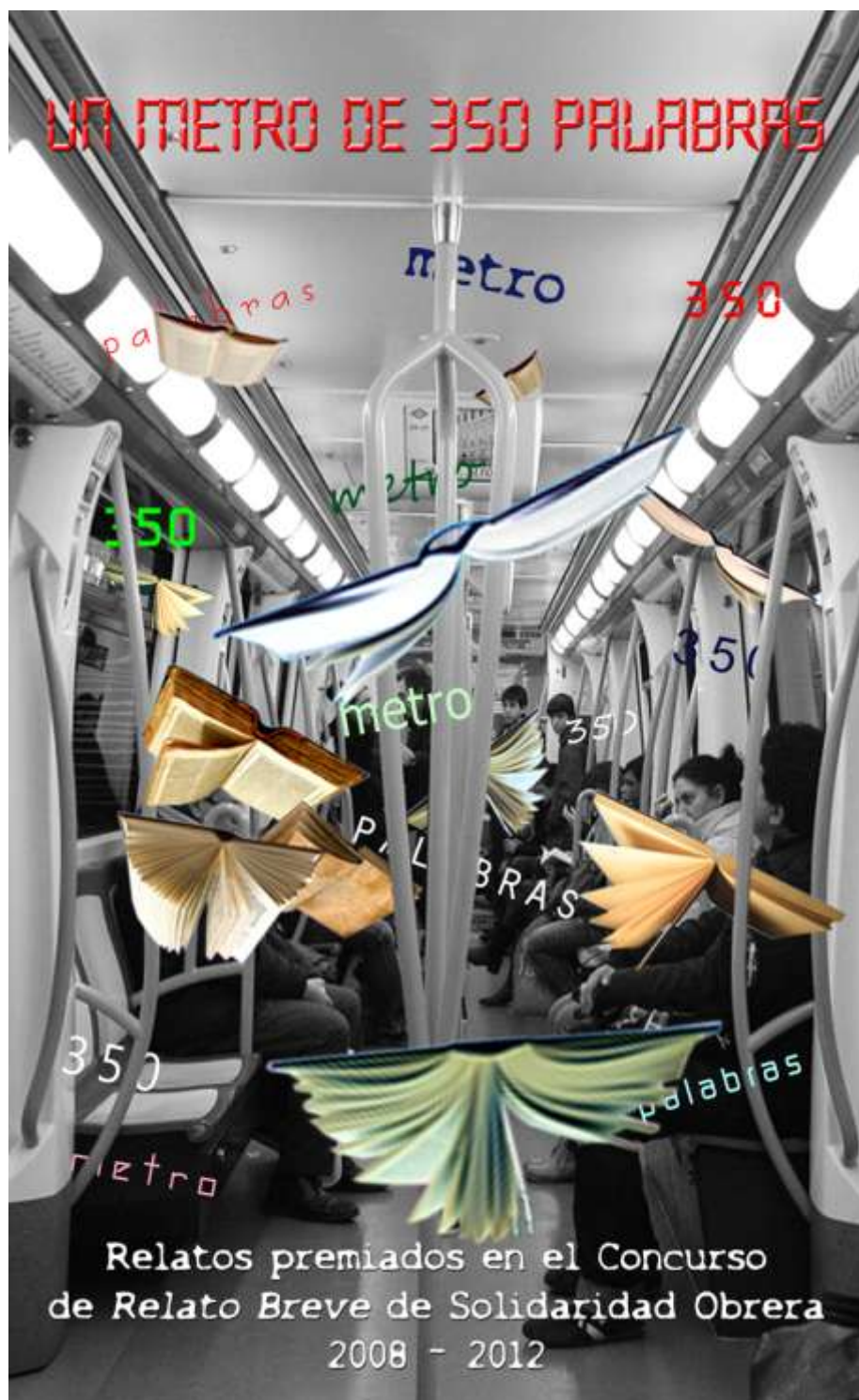




Un metro de trescientas cincuenta palabras II

Relatos premiados entre 2008 y 2012 en el *Certamen de Relato Breve* de la Sección Sindical de Solidaridad Obrera en el Metro de Madrid

Presentación

Este es el segundo volumen dedicado a la edición de los premios del Certamen de Relato Breve que la Sección Sindical de Solidaridad Obrera de Metro de Madrid organiza anualmente. Concretamente está dedicado a lo acontecido entre los años 2008 y 2012.

Diez años han pasado desde que allá en el 2003 se diera la señal de salida a toda una trayectoria que se nos antoja, en perspectiva, fecunda y emocionante, así como llena de colores y matices.

Una ilusión que un año tras otro ha dado paso a otra ilusión, a una nueva historia y a la magia de renovar cada encuentro con la palabra.

Créditos:

Edita: Confederación Sindical Solidaridad Obrera
<http://www.solidaridadobrero.org>
soliobrero@gmail.com

Fecha de edición: marzo de 2013

Edición digital: Carretero

Dedicatoria:

Dedicado a todos aquellos que luchan por la libertad

Cita:

Escribir es una forma de terapia. A veces me pregunto cómo se las arreglan los que no escriben, los que no componen música o pintan, para escapar de la locura, de la melancolía, del terror, pánico inherente a la condición humana.

Graham Greene

Introducción

Hola Amig@s

Aquí estamos otra vez más convocados por el Certamen de Relato Breve: *Un Metro de 350 palabras...* que ha cumplido diez ediciones.

Diez años han pasado desde que allá en el 2003 se diera la señal de salida a toda una trayectoria que se nos antoja, en perspectiva, fecunda y emocionante, llena de colores y matices.

Hemos andado junt@s este camino que nos deja un poso con un sinfín de anécdotas y de avatares; de dudas y certezas; de insinuaciones, de leyendas y metáforas...

Ha sido un constante flirteo con la seducción de las palabras. Un cortejo renovado año tras año, con cada convocatoria. Un ejercicio transgresor de toda convención o moral impuesta.

Un año tras otro, un matiz tras otro matiz. Una ilusión que ha dado paso a otra ilusión, a una nueva historia. Y la magia de todos renovando cada encuentro con la palabra.

Estos encuentros de Relato Breve nacieron, y así han crecido, con vocación colectiva para compartir experiencias y conocimientos; emociones y miedos. Y dejando a un lado la “tiranía” del alfabeto, nos hemos atrevido a impregnar cada hoja de papel de toda la belleza que atesoramos y tan celosamente guardamos.

Decía el compañero Buenaventura Durruti que *“llevamos un mundo nuevo en nuestros corazones”*. Nada más cierto que esta afirmación que brota de lo más profundo del ser humano.

Lo que ocurre es que, a menudo, se nos hace muy difícil verbalizar nuestras emociones, ilusiones y deseos para compartirlos porque, sutilmente, el mensaje de la moral dominante, la del privilegio, nos envía señales que enaltecen el egoísmo y castran nuestra solidaridad, haciéndonos sensibles a cualquier muestra de autoritarismo o imposición individual y colectiva.

Con los tiempos que corren, cada vez se nos antoja más necesario expresarnos para desterrar el miedo y romper las cadenas de la incomunicación y la servidumbre del silencio cómplice.

“Cuando tengas algo que decir, dilo; cuando no, también. Escribe siempre”, nos dice Augusto Monterroso.

Estamos hechos de la misma naturaleza de los sueños. Necesitamos de los sueños para ser libres; pero para que un sueño germine debe ser compartido, no puede crecer aislado pues acabaría desapareciendo, sin llegar a materializarse.

Soñemos el Metro mostrando cada cual cualquiera de sus innumerables caras con su variedad de formas y colores. Porque el Metro es un crisol de sueños que están esperando ser seducidos por cada uno de nosotros, en cualquier rincón, en cualquiera de sus múltiples encrucijadas.

Hagamos realidad nuestros anhelos y deseos y todos nuestros sueños, disfrutando de los relatos premiados en el Certamen de Relato Breve de 2008 a 2012. Es el segundo libro de relatos premiados. El primero que recoge los relatos desde 2003 a 2007 aún está vivo en muchos anaqueles, estantes, repisas, cajones y archivos de los hogares de muchas compañeras y compañeros y en algunas librerías. Ahora este segundo tomo le hará compañía para llenar esta década de encuentros en 350 palabras.

No queremos dejar pasar esta ocasión sin agradecer cariñosamente al compañero Policarpo González su dedicación y generosidad contrastadas. Entusiasta promotor de estos encuentros, el compañero Poli encarna una de esas bellas notas de colores que han jalonado este Certamen desde su nacimiento. Ejerciendo de exuberante Maestro de Ceremonias, ha ido desgranando, año tras año, sus clases magistrales llenas de valores humanos, sensibilidad, conocimiento y habilidades lingüísticas.

Gracias por el entusiasmo que nos has transmitido.

Gracias a todos por el entusiasmo y la ilusión creativa de vuestros relatos.

Solidaridad Obrera

In memoriam Raimundo Alonso Aguilera

Año 2008



Primer premio

M^a Sol Gómez Arteaga

EXAMEN DE CONCIENCIA

“El que presenciare la perpetración de cualquier delito público está obligado a denunciarlo” me repetía una y otra vez apoyado en la barra del metro sin poder concentrarme porque las dos mujeres que tenía al lado hablaban como cotorras. Estaba seguro que ese artículo que acababa de subrayar con mi lápiz de colores me caería dentro de un cuarto de hora en el examen. Una de las dos mujeres, la del cabello más rubio, le preguntó a la otra por su hijo: “A Dios gracias, colocadísimo. Acaba de aprobar una oposición de teleco” “Si es que tu hijo —añadió la otra— ya de pequeño prometía”. Me fijé en una mendiga sentada con su bebé envuelto en harapos. El niño, con los ojos cerrados, parecía muerto y la mujer muy cansada. “Su padre y yo nos sacrificamos para mandarle a buenos colegios... Y es que en la educación, Encarnita, está el todo”. Al oír por la megafonía la llegada a la estación de Atocha, la mendiga se levantó y colocándose detrás de la madre de la eminencia metió, con un movimiento diestrisimo, la mano en su bolso de marca y extrajo el monedero que guardó entre la ropa del niño. Al instante se dio cuenta que yo la había visto y me miró asustada. “Aquí huele mal ¿No?” dijo una de las dos mujeres. Y sí, la mendiga con su hijo en brazos que acababa de despertar y miraba, con los ojos muy abiertos, mi lápiz de colores, desprendían olor a pobreza. A falta de oportunidades. A miedo a ser descubiertos. Alargué la mano y sonriendo le di mi lápiz. Cuando las puertas del vagón se abrieron la mendiga me hizo una leve inclinación de cabeza antes de salir.

También salieron las dos cotorras. Tenía unos minutos para seguir repasando ese insidioso artículo que sin duda caería en el examen, pero cerré de golpe mis apuntes y con la conciencia super tranquila me puse a mirar el techo.



Segundo premio

Nuria C. Botey

TAQUILLERA

Para ser sinceros, Asun sólo se agobia de verdad el primer día del mes, cuando las colas para comprar el abono transporte llegan hasta la misma calle, y la gente resopla con la vista puesta en el reloj mientras espera su turno. En cambio, los días restantes suelen transcurrir a un ritmo tan plácido que llegarían a resultar insoportables si no se le hubiese ocurrido inventar aquel inocente jueguito.

– Uno de diez – pide el viajero, y el tono demasiado alto de su voz confirma que los auriculares incrustados en sus oídos trabajan a marchas forzadas.

Las pupilas de Asun resplandecen de emoción. Se ajusta la camisa del uniforme con un tirón certero, mira candorosamente al usuario, y mueve los labios como un muñeco de ventrilocuo, dibujando en el aire una frase sin sonido que luego remata con su sonrisa más servicial. El hombre parpadea un par de veces y frunce el entrecejo.

– ¿Qué dice? – pregunta, esforzándose por entender la respuesta más allá de la música que invade sus tímpanos

Con precisión de engranaje suizo, Asun repite su pantomima silenciosa de busto parlante, felicitándose por dentro en cuanto el pasajero baja un poco el volumen de su reproductor tras un último parpadeo extrañado, y repite su petición.

– Señorita, ¿me da uno de diez, por favor?

– ¿Cucurucho, o tarrina? – murmura Asun.

Finalmente, los auriculares se baten en retirada de los oídos.

– ¿Pero qué dice?

– Seis con cuarenta, por favor – informa entonces ella, deslizando el billete en la cubeta metálica con absoluta profesionalidad.

Aturdido, el hombre deposita la cantidad estipulada, recoge el metrobus sonrosado, y se dirige a los tornos, preguntándose mentalmente qué demonios le ha estado diciendo la taquillera hasta ese momento. Y Asun

sonríe una vez más para sus adentros, imaginando la cara que pondrá cuando descubra que en el reverso de la cinta magnética de su ticket alguien ha escrito la frase **hay vida más allá del mp3**.



Tercer premio

Iván González García

PÁJARO DE ORO

Si el destino no fuera ese cachondo mental que juega a torturarnos, yo no habría vuelto a encontrármela, y menos fuera de servicio, y en la parada de metro de Diego de León.

Al principio no quiso conocerme. Acababa de salir del talego, y no le gustaba mi placa. Sus medias de malla, su cuello de *haiku*, sus gestos contritos negando las imputaciones que se le hacían, quebraron mi matrimonio. Me dejó ascender por su cuerpo, pero no impidió que descendiese en el Cuerpo.

Encontraron dos fardos de cocaína bajo mi colchón. Nunca reconoció ante el juez que se le había olvidado recogerlos. Me cambiaron de comisaría. Desde alguna estación la llamé. Es demencial cómo las llenan de cabinas para perpetuar el dolor de los amantes. Volví a patrullar las calles, a refugiarme en el jazz del *Clamores* y en el dry martini, y como el salmón que remonta la corriente, tuve una cría con esa comisaria que se había acostumbrado demasiado a mí, y que me acompañaba del brazo en aquel vagón la tarde que volví a verla.

No sé qué hacía plantada al borde del andén, con el rímel corrido; ni por qué me dejó por aquel maromo yugoslavo con un dogo gigantesco; ni por qué arruinó mi carrera como policía cuando no hice otra cosa, siempre, que protegerla. Pude bajarme del vagón y enviarla a los infiernos. Pero no lo hice; por sentido del deber, porque voy derecho al desguace, o porque seguía teniendo cara de balada de Chet Baker. Al volver a verla me vino, como un vómito, el recuerdo de aquel yonqui amigo suyo que siempre nos regalaba un poema en el túnel de Núñez de Balboa, y cómo respiraba cuando dormía.

Aquella delincuente, cuyos delitos jamás me importaron un carajo, al marcharse, había dejado a mi alrededor un aire vacío. Siempre me pareció un pájaro hermoso; la única que después de un señor infarto

podría devolverme aquel corazón que tenía en la Academia, cuando aún no sabía que el amor, como los asesinos a sueldo, casi nunca dan otra oportunidad.



Cuarto premio

Francisco Javier Martín Ortiz

ESTE TREN NO ADMITE VIAJEROS

Una...

Son las ocho y media y el vestíbulo es atravesado por una multitud que, atropelladamente, se desparrama hacia la salida. Es lunes y no hay ni un solo rostro que refleje otro día de la semana... aún quedan muchos trenes por vaciar su cargamento de estudiantes y trabajadores con dirección a un futuro, esperan, diferente al presente que, inapelable, cada jornada les conduce a la gris, uniforme rutina que llena sus horas... que llena nuestras horas... Ninguno sonríe al pasar junto a la pecera en la que, vestido de granate, azul y blanco, observo su cotidiano desfile... ninguno saluda... sólo él... Pero hoy aún no ha llegado... se retrasa.

Cada día, de lunes a viernes, se descuelga unos metros de la riada humana que le lleva al exterior y, con sus enormes ojos negros muy abiertos, sonríe y exclama un sonoro “buenos días” con un suave acento que evoca lugares lejanos... El destinatario de su saludo es ese pez raro que cada mañana espera ansioso, como alimento vital, esa sonrisa infantil enmarcada en una cara más oscura que la mía... y más brillante, por su inocencia y alegría, que ninguna otra en todo el vestíbulo. Se está haciendo demasiado tarde... una sombra de preocupación comienza a instalarse en mis pensamientos...

...doscientas trece...

Parece algo mayor que mi hijo... no dejo de imaginar decenas de historias relacionadas con él y con su familia... y caigo en todos los tópicos. Así que hoy he decidido preguntarle cómo se llama... y hablarle de mi hijo... él me hablará de su padre... y entonces ya no seremos dos desconocidos que, día a día, se saludan a través de un cristal, como un reo recibiendo una visita...

Se retrasa... Es ahora cuando, estremecido, recuerdo las palabras del líder de la oposición y del Ministro de Trabajo acerca del paro y de los inmigrantes... Estoy seguro de que él no se ha ido, no puede haberse ido... Es ahora cuando, desde el cercano andén, una voz fría, metálica, sin matices, me sitúa bruscamente frente a la realidad: “Este tren no admite viajeros...”

...y trescientas cincuenta...

Metro de Madrid

Invierno de 2008



Quinto premio

Garrido Rubio (seudónimo)

SUMANDO DESTINOS

Corría saltando a cada paso, y golpeando con la libreta en el muslo, buscando aquel ¡TAC-TAC! tan peculiar que, por aquellos días, resumía mis mayores ilusiones. Iba a comprar a “Casa El Ferreiro” con la libreta donde el viejo Manuel apuntaba lo que mi padre me había mandado traer: Un kilo de azúcar, un sifón y dos barras de pan “¡bien cocidas, eh!; que no te las dé blancas”. Anotaba el viejo Manuel, la fecha, el producto y el precio con aquella caligrafía gótica, tan trabajada por nuestros padres y abuelos. Lo mejor era cuando se acababa una hoja y tenía que sacar la suma para pasarla a la página siguiente. Ver sumar a “Manuel el ferreiro” era todo un espectáculo. Yo tenía diez años y acababa de empezar el bachillerato. Sumaba bien, pero no había comparación posible. Manuel sumaba pasando el lápiz de arriba abajo por cada fila de decimales, unidades y decenas, siseando cifras y apuntando el resultado con seguridad y precisión (ocho catorce veintitrés, nnn ... setenta; setenta y ocho, ¡llevamos 7!). Nunca nadie le vio equivocarse.

El mes pasado había estado por primera vez en Madrid con mamá. Por eso recordaba cada día el Retiro, el Parque de Atracciones, el *Scalextric* de Félix y el metro, sobre todo el metro. La estación de Lista, el trasbordo de Goya, el de Diego de León o la moderna línea 5 en la que me llevó mi hermano hasta Carabanchel. Y aquel ruido bajo el vagón: ¡TAC-TAC!, muy fuerte, y al ratito Tac-Tac, más suave y después otro tac-tac más lejano y otro más tenue y vuelta a empezar con la misma cadencia.

Aquel ruido puede decirse que marcó mi vida. Una vida que cambia muy de prisa. Ahora ya nadie compra “a cuenta”, los niños no hacen recados, nadie suma a mano, en metro ya no circulan aquellos trenes que tanto me impresionaron de niño, y hace más de veinte años que soy conductor de metro.

own space. At times, the B-1s even achieved the ideal: The actual speaker boxes seemed to disappear, leaving only two violins, a viola, a violoncello, and the

that they're sold via mail order with a 30-day moneyback guarantee makes them a risk-free proposition—and, very likely, a rewarding one. —Marc Horowitz

RDL Acoustics' New Line of Speakers Can Bring an Orchestra Into Your Living Room

By Laurence Vittes

...the speakers' quiet elegance and amazing ability to reproduce demanding full orchestral sound with wide dynamic range and magnificent size, without a trace of digital hardness, I had enthusiastic

Circuit City. They are available only by mail order from the Bellingham, Mass., factory, with a thirty-day, no-strings return policy (you

All furthermore still use Allison's unsurpassed, strangely articulated convex tweeter. (It is now called the RDL tweeter and can't be called the Allison

yet been so. Therefore its ultrawide radiation and airy imaging may be even more uniform than in previous implementations. In any case, in over a dozen measurements, the RDL tweeter consistently ran 12dB from 1-2kHz to around 18kHz.

Accésit

Elena Diego-Madrado Zarzosa

LADRÓN DE LECTURAS

-¡Corre, el coche ha girado ya la esquina! ¡Entra en ese portal, corre!

- ¡Para! Detrás de la puerta ¡Para! Ponte detrás de la puerta y no respires fuerte. Se han bajado ya. Son tres, no respires.

“Próxima estación: Atocha”, irrumpió la megafonía.

Paf, escuché. Mi compañera de viaje, aquella mañana en el metro, cerró su libro y se apeó en la estación anunciada. Yo permanecí en mi asiento imaginando como continuaría la historia que hasta ese momento me entretenía.

Acostumbraba a practicar ese juego cada vez que viajaba en el suburbano y la ausencia de aglomeraciones me lo permitía.

Conseguir buenas lecturas resultaba cada día más difícil. La competencia era feroz, periódicos gratuitos, “códigos”, “niños con pijamas” y diarios deportivos formaban la biblioteca de los vagones del metropolitano.

Pero a pesar de las trabas yo seguía robando lecturas.

A veces tenía la suerte que tras un “compañero lector” que abandonaba el asiento contiguo al mío, otro venía a ocuparlo, y yo tenía la posibilidad de encadenar dos historias. Ese momento producía en mí un estado de satisfacción extática que debía reflejarse en mi rostro, por lo que delataban las miradas asombradas de los viajeros sentados enfrente de mí.

Fueron muchos los retazos de historias robados, disfrutados. Quién sabe si la condensación de todos ellos hubieran resultado un relato digno de presentar a algún certamen literario.

Año 2009



Primer premio

Javier Gimeno Fernández

SIN TÍTULO

- Por favor Elia, ¡sube!
- Que no, que no insistas. Que ya te he dicho que no, que hoy no me convences.
- Pero mujer, no seas cabezota, ¿cómo te voy a dejar ahí?
- A ver Manuel, vete y déjame sola.
- Venga, que si eso nos tomamos un café en el bar de enfrente... como la semana pasada... con unos churritos.
- No, de hoy no pasa, yo estoy aquí bien tranquilita, tú no te preocupes, que seguro que no es para tanto.

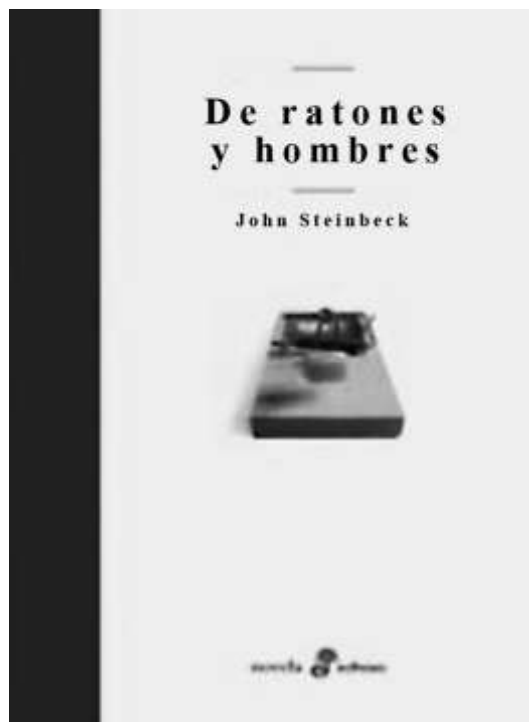
Él cerró los ojos, suspiró. La volvió a mirar y se sonrió. En otro tiempo hubiese dado un salto, pero sus viejas rodillas chirriaban y su considerable exceso de peso le hizo optar por otra solución. Caminó hasta el final del andén y bajó las escaleras cuidadosamente, para no caerse ni mancharse. Ya en las vías se sacudió, ya que por mucho empeño que puso acabó rozándose con algo y ensuciando su camisa a rayas.

Manuel conocía a Elia desde hacía bastante tiempo. Ya la había conocido cuando ambos tenían el pelo lleno de canas y ambos estaban viudos. Motivo por el cual Elia estaba tumbada con la cabeza en una vía y su cuerpo en perpendicular a ésta, como si estuviese en su propia cama.

No era la primera vez que bajaba a por ella, y después oiría las palabras llenas de tristeza y la añoranza y ganas que tenía aquella mujer de reencontrarse con su marido; luego la abrazaría, le contaría alguna gracia,

como aquel día que todo serio le dijo: “Elia, no hace falta que llegues a esto para hablar conmigo y tener una cita”; y ambos sonreirían tomando un café.

Se agachó, la cogió una mano y se la apretó suavemente a la vez que la sonreía, y con la otra mano le levantó la nuca de aquella almohada de metal. A ella se le escaparon un par de lágrimas mientras se ponían en pie. Elia sacó un pañuelo de su abrigo gris, raído por el tiempo, y al hacerlo se le cayó un papel, mitad rosa mitad blanco.



Segundo premio

Ángel Muñoz Sánchez

EN LAS VÍAS DEL TREN

A diario jugaba entre las vías. Su casa estaba muy cerca de los raíles y siempre había considerado, a pesar de su corta edad, que sus padres habían tenido muy buen juicio a la hora de escoger su vivienda en una zona al aire libre junto a la Casa de Campo. La estación de Metro más cercana no tenía nada que ver con las clásicas y lúgubres abovedadas; se agobiaba tan solo con pensar en la ciudad cercana, tan bulliciosa, y en sus oscuros y opresivos túneles.

Aquí conocía de sobra el terreno, aunque cada nueva jornada se sorprendía con todas y cada una de las piedras que lo conformaban; para él cualquiera de ellas suponía un misterio y las rodeaba una y otra vez mientras buscaba a su amigo que aún no había aparecido. Continuó su paseo y volvió a pasmarse con las islas que formaban los pequeños matojos que crecían entre los travesaños; le gustaba hoyarlos con sus piecitos.

Más adelante vislumbró algo sobre el raíl más cercano y se aproximó, temeroso, para averiguar de qué se trataba. Aquella especie de pellejo reseco olía de un modo peculiar: un olor semejante al de su esperado amigo. Mientras estaba absorto con la visión del pingajo, el raíl comenzó a trepidar bajo sus pies; el tren se acercaba a gran velocidad. De un salto abandonó su férrea atalaya, huyó despavorido por un pequeño agujero bajo el raíl y penetró en la segura y cálida ratonera a punto de tener un infarto.

Mama ratona le regañó mucho, ya que no le gustaba que merodeara junto a las vías y, por enésima vez, le dijo que no, que su amigo no había pasado a buscarle y que estaba castigado.

Al cabo de unos días, volvió al lugar (nadie, hombre o ratón, escarmienta) y, ahora más alejado, miró receloso el reseco pellejo mientras pensaba:

- ¡Que ganas tengo de que vuelva mi amigo para enseñárselo...



Tercer premio

Miguel Ángel Brea Polo

CUCARACHAS

Tenemos el nombre que nosotros elegimos porque no nos bautizó un cura, fue un aerosol de tinta plateada. Nos identificamos con cucarachas y roedores, caminamos por túneles oscuros a cubierto de las rapaces.

Las estaciones están muertas a estas horas, sólo las luces de emergencia amarillas iluminan una foto en sepia. Ese día, un chaval con mote, cuenta a otro de tú a tú los motivos. Dice que lo hacen porque no pueden evitarlo, que ellos se expresan así, que esa es una de las formas que los chicos anónimos encontraron para reclamar su YO. Un nombre, colores, riesgo, estilo... Lo hacen por eso y porque además el metro es suyo, no del alcalde, ni de los publicistas, ni de los halcones uniformados que imponen su ley por novecientos míseros euros al mes. Es suyo porque fueron sus padres y sus abuelos quienes lo cavaron y lo defendieron, fueron los de sus barrios quienes lo construyeron, los de su ciudad se cobijaron en él de los bombardeos y sus vecinos quienes diariamente lo mantienen activo. Es suyo porque gente igual que ellos lo usa todos los días, arrastrando su cuerpo a horas indecentes para poder ganarse el pan. Por eso es suyo y así lo reclaman.

El plan era fácil pero salió mal. Aquella noche iban a caminar en silencio por “sus túneles” hasta encontrar la cabecera donde dormían “sus trenes”. Esa madrugada dignificarían “su nombre”, “su yo” y honrarían las máquinas con “su arte”. Pero para otros eran más que chavales, eran más que artistas, eran casi menos que ratas y cucarachas, porque limpiar lo que ellos manchaban costaba más de un millón de euros al año; eran vándalos, eran grafiteros y tuvieron que correr. Halcones de menos de novecientos euros al mes de turno de noche y pegatinas en sus porras con la roja y gualda les siguieron, les asustaron, les gritaron.

A uno lo cogieron, al otro lo cogió uno de “sus trenes”. Y “su nombre”, “su arte”, “su tinta” la borró esa misma mañana un operario.

Dedicado a todos los artistas perseguidos



Cuarto premio

Manuel Merino Blesa

EL ECO

Si alguien hubiera estado en el andén de enfrente habría observado a un chico sentado en un banco, con los ojos conscientemente cerrados, como si estuviera pensando en un tibio atardecer de un día de verano. Ese alguien también debía haber contemplado cómo una chica de pelo largo y liso se quedaba a su lado, esperando el metro que le lleve a casa. Los dos están quietos, apenas han reparado el uno en el otro. El tren llega y ambos penetran por la misma puerta. Se sientan en los extremos de una hilera de cuatro asientos. En ese mismo instante, los dos se miran y es como si una especie de magnetismo se creara en el espacio que les rodea. Continúan paralizados, examinándose sin perder detalle. A pesar de que el vagón se llena de gente nadie osa interponerse entre ellos, como si supieran la comunión que ha nacido en esa parte del vagón.

-No quiero enamorarme de ti- dice la chica. Son palabras susurradas de una forma sensual, queriendo quizás contradecirse.

-Lo anhele, pero sé que no puedo obligarte.

A continuación enmudecen. El tren se para. La chica mira el letrero de la estación. Se levanta despacio.

-Aquí me bajo- dice resuelta. Aunque parece que una parte de ella ha quedado anclada al asiento que acaba de dejar libre.

-Yo también. Te acompaño.

Ascienden por la escalera mecánica. Ella se encuentra un par de escalones por encima. Prolongan sus miradas. La magia permanece intacta, incluso se podría decir que ha aumentado. Antes de llegar a los torniquetes de salida entrelazan sus manos, se acarician, exploran su tacto. Suben por los peldaños que desembocan en la calle y al poner los pies en el último, todo desaparece, el hechizo se rompe. Las manos se separan, cada uno camina hacia un lado diferente convirtiéndose de nuevo en extraños.

Mientras, en otra estación distinta, alguien observa en el andén contrario a una chica absorta en un libro y cómo un muchacho de tez pálida se acerca a su lado, quedándose quieto.



Quinto premio

Arancha Ortiz López

LA AYUDA

Cada mañana, a las 6:47 cogía el mismo metro; siempre la misma rutina, en el mismo andén, el mismo destino, la misma fugaz espera, el mismo sonido bramante al acercarse el convoy, las mismas luces... Sólo cambiaban algunos viajeros, el resto de las caras, eras las mismas. Cada mañana, a mis veinte años lamentaba la llegada del metro que me llevaría al exhausto trabajo en la cafetería, deseaba que ese fuese mi último viaje. Eso significaría que tendría otro empleo. Era noviembre y faltaba poco para mi cumpleaños; pensaba en ello cuando vi al anciano que desde hacía tanto tiempo se subía al mismo tren que yo. Era muy mayor, o eso parecía, y tenía dificultades para caminar y para subir los escasos centímetros que le separaban del tren. Muchas veces pensé en ayudarle, en tenderle una mano, pero mi propio mal humor me lo impedía. De todas formas siempre consiguió incorporarse a tiempo. La mañana de mi cumpleaños salí de casa temprano, pues había madrugado; me había preparado con esmero y me había decidido a ponerme el perfume que tan caro me había costado y que yo atesoraba egoístamente. Salí y me dirigí a la boca; sólo que no llegué a adentrarme ni un metro. Admito que no lo vi venir; ningún sexto sentido me avisó de nada, la intuición femenina de nuevo me falló. Mi fuerza física fue escasa para luchar, aunque al principio me resistí con fiereza. Recuerdo su mano en mi boca, el frío metal contra mi abdomen y el olor del terror; minutos después comencé a perder el sentido, y pensé que todo había terminado; antes de cerrar los ojos, la mente me jugó una mala pasada. O eso creí. Tras mi agresor un arrugado rostro emergió, inclinándose sobre mi atacante. Escuché el golpe. Había mucha gente a mi alrededor y oía sirenas. Aún estaba tendida cerca de la escalera, y entre la multitud vi al anciano. Me sonrió, señaló a la patrulla de policía, miró el reloj y se fue. Su metro llegaba y nadie le ayudaría subir.

Año 2010



Primer premio

Carlos Joaquín Ortega Lozano

EL PLANO

Ana no terminaba de creerse lo que estaba leyendo:

“Hola, la estación que estás buscando no viene en ningún plano.

La estación que estás buscando, está en mi corazón.

Hoy a las 14,30 h. la esperaré en el Restaurante Sueños. Seré Puntual.”

Eran seis líneas escritas con rotulador negro en el plano de Metro que acababa de solicitar en la Taquilla.

Ana, apenas se acordaba de cómo era el rostro del empleado, de hecho se volvió para mirar y encontró a una bella señorita en su puesto.

Miró su reloj –las 8,30 h, guardó el plano en el bolso y tomó el siguiente Metro que paró en el andén. No podía concentrarse... su pensamiento se escapaba una y otra vez hacia el curioso texto –me siento rara... nerviosa...seré tonta, es una galantería y ya está. Y si fuese verdad... Restaurante Sueños, que tontería, si ese restaurante no debe ni de existir... Voy a coger ese periódico que acaba de dejar esa señora en el asiento e intentaré pensar en otra cosa.

Sus ojos se abrieron como platos cuando en una de sus páginas, un anuncio en letra pequeña informaba de la buena comida que se servía en el Restaurante Sueños.

Apuntó la dirección, dejó el periódico y se bajó del vagón.

Mientras subía por las escaleras, oyó una voz por detrás: –“Señorita, por favor señorita”. Paró y se volvió. Era él, el empleado del Plano, ahí estaba, su voz era cálida e incluso resultaba atractivo. En ese momento sentía como la temblaban las piernas, estaba nerviosa.

–“Hola, perdone que la moleste, antes creo que la he dado algo más que un plano”. Ella seguía expectante, solo se la ocurrió decir –“sí, lo llevo en el bolso” –“Lo siento, hay un error” – Lo sabía, pensó Ana, esto no podía ser para mí, en fin...

–“Me equivoqué en la hora, la importaría que la cita fuese a las 13.30 h.” Ella quedó muda. El Empleado se despidió con un –“allí la esperaré, hoy seguro será un bonito día”.

Cada uno siguió su camino, sus siluetas quedaron confundidas entre la gente.



Segundo premio

Anaïs Montero López

... EL METRO TARDA EN ARRANCAR

Desde el atardecer más borroso hasta el amanecer más cercano a mi ventana, desde mis ojos de vidrio hasta tu boca de luna.

Del sueño incondicional al calor de mi cama, de una estela de mar hasta su rastro de espuma. Comienzo en un compás vacío, sin música.

Cada paso es una nota que deja secuelas en tu nuca.

Nunca dije tarde ni imposible, pues me enseñaron a tocar lo inalcanzable.

Esa nube que señalé con el dedo, me dijo que podría alcanzarla desde el suelo.

Me hieló si comienzo desde cero, me quemo si la rutina me frena mientras vuelo.

La distancia vuelve a intentar aplastarme, mis sueños duermen, pierdo el tren, se me hace tarde.

Tengo el corazón empapado de sonidos, el metro tarda en arrancar y me quema el palpitar de sus latidos.

¡Que arda la voz de quien gritó a la libertad! ¡que vuelen alto aquellos sueños que nos quedan por contar! ¡que los suspiros de opresión se empañen en el cristal y que en la boca solo quede la esperanza de brillar!

Todos soñamos con volver donde creíamos, todos volvemos cuando soñar es más caro de lo que creemos, todos creamos cuando soñamos despiertos, y cuando no echamos de menos nos despedimos del lugar donde los sueños se marcharon.



Tercer premio

M^a Ángeles Collado Sanz

UN DÍA FUI ASESINA...

Había cometido el acto más cruel que un ser humano podía cometer... Un asesinato, pero la sensación que tenía en este momento; sentada en un vagón de camino a ningún lado no era de culpabilidad, sino todo lo contrario, la verdad es que me sentía bien, en paz, como si me hubiera liberado de algo.

Asomada al cristal de la ventanilla, las figuras borrosas que pasaban a toda velocidad, se parecían a lo que había sido mi vida hasta ahora, rodeada de oscuridad, con algún flash de luz de vez en cuando. Pasaban sin dejarme siquiera un leve recuerdo, tan solo la sensación de que algo en mi vida había pasado, pero sin distinguir si había sido sueño o realidad.

Pero hoy algo había cambiado, no me sentía como yo pensaba que se sentían los asesinos, y por fin, después de mucho tiempo, veía un punto de luz al final del túnel, aún era muy pequeño, pero estaba segura de que más adelante sería más grande y luminoso.

Una voz, como un susurro se repetía en mi cabeza:

- Próxima estación...

Y en ese momento me di cuenta, había conseguido asesinar al miedo, ese que me impedía moverme, pensar o hacer cualquier cosa por decisión propia, que me había tenido encerrada en una prisión, sin barrotes ni cadenas. El que había conseguido que me olvidara de quien era, que me había anulado como persona hasta límites increíbles.

De repente el final del túnel llegó, y la luz inundó mi vida al mismo tiempo que al vagón. Y esa voz que retumbaba en mi cabeza dejó de ser un susurro, para convertirse en un grito:

- Próxima estación... Esperanza.

Bonita palabra; y elegí no bajarme, pues aún me quedaban estaciones por disfrutar.

Conseguí hacerlo, y aunque el precio había sido caro, no me importó pagarlo; porque en definitiva yo había elegido empezar este viaje, y cuando terminarlo.

No quise llevar nada de atrás, tan solo la satisfacción de que después de mucho tiempo había sido yo la que había decidido.

Solo me llevé una sonrisa, que no dejaría nunca.



Cuarto premio

Manuel Merino Blesa

Y TODO POR CULPA DE ELLA

Ha sido mi última noche en Madrid. Dentro de tres horas vuelo hacia Buenos Aires para volver a cambiar mi vida, como si de un Ave Fénix se tratara. Ese es mi objetivo, no echar raíces, no dejar nada atrás que me haga estancarme. Pero esta vez me está costando más de lo que hubiera imaginado. Y todo por culpa de ella.

Ella, sentada a mi lado en el vagón de metro que me conduce al aeropuerto. Su nombre evoca en mí paseos sin destino premeditado, conversaciones íntimas, noches de pasión, amaneceres perennes mirándonos a los ojos, desnudos, abrazados, mientras el sol nos ilumina levemente, aún sin fuerza, como si no quisiera molestar.

Llegamos al final de la línea. Entrelazamos las manos, nerviosos, deseosos de detener el tiempo. No importaría que nuestros cuerpos quedaran inmóviles. Me conformaría con notar su agradable perfume conquistando mi piel

Desciendo del vagón, ella permanece dentro. Nos separa una puerta que parece no querer cerrarse, como si intentara convencernos de que volviéramos a abrazarnos, de que siguiéramos nuestro camino juntos, rechazando cualquier prejuicio. Dejo mi bolsa en el suelo del andén y percibo lo cansado que estoy.

- Han sido los mejores meses de mi vida.
- Ya. Y aun así, te marchas.
- Te llamaré, lo prometo – contesto no muy convencido de tener el valor de hacerlo.
- No creo que lo hagas, no eres así.

Nos callamos. Cruzamos la mirada. La mía, miedosa. La suya, triste. La puerta sigue abierta, ofreciendo una última oportunidad.

- Toma – dice entregándome un libro que ha sacado del bolso-. Lo compre esta mañana mientras dormías.

Es el último de Murakami. La miro acongojado.

- Gracias- digo con un fino hilo de voz. Saboreo sus labios, me saben a eternidad.

Marcho hacia la escalera mecánica. Vuelvo mi cabeza, la puerta se está cerrando pero todavía veo sus ojos vidriosos despedirse sin palabras.

Más tarde, desde un gran ventanal veo despegar mi nueva vida. Me giro sonriendo.

De nuevo el olor a metro. Empiezo a leer a Murakami como si fuéramos uno solo.

Y todo por culpa de ella.



Quinto premio

Isidoro Fernández Díaz

FUSIÓN

7:11 h. Ya estoy aquí. Como cinco de cada siete mañanas. Tres minutos para el próximo tren y el andén a rebosar. Y si no fuera porque ha acabado de despertarme la escalera mecánica averiada, podría haber seguido dormido y soñar con que el próximo metro no vendría atestado. Esperando, pienso en el color del túnel en el cual voy a sumergirme. Y veo en él el principio de mi futuro inmediato. Veo que esa espesura opaca va a vomitarme a una jornada de trabajo sin alicientes, rutinaria, de un gris tan oscuro que no será sino la continuidad del negro que abandonaré para malvender mi tiempo durante ocho horas.

Imagino las caras que ocuparán los vagones del metro que espero. Caras que ya he visto muchas mañanas aunque cada día sean distintas. Caras dormidas. Caras concentradas en lecturas o caras que vuelan con alas de música. Caras que buscan y otras que huyen. Caras hastiadas de ser caras tempranas. Caras de circunstancia y de prepotencia. Caras maquilladas o afeitadas. Caras con barba o maquillándose. Caras de niños incrédulos, de mayores resignados. Caras, en definitiva, sin su mejor cara.

Y cuando el estruendo del convoy precede a su luz, el sonido que se acerca parece gritar que está al límite de su capacidad de absorción. Quienes esperamos en el andén, expertos en su lengua sin necesidad de academias, imploramos para que vacíe sus tripas con suficiente generosidad la que nos permita disponer del

espacio vital que nos llevará al desconsuelo diario. Y el metro se detiene. Y abre sus puertas. Y está contenido en su desahogo, lo que no es óbice para que intentemos entrar en él, hasta parecer hincharlo más allá de los límites físicos que determinan su estructura metálica. Absorbe más y más personas. Personas en dura pugna por encontrar un resquicio en el cual fundirse con varios de sus semejantes. Fusión carente del más mínimo cariño. Fusión autoimpuesta para ir a producir. Fusión cuasi borreguil. Fusión a la cual decido no adherirme y sustituirla por otra entre las sábanas de mi cama.



Primer accésit

Javier Gimeno Fernández

SUPERVIVENCIA

Era una mañana tranquila. Excepto para la bestia, alejada de su manada. Su continuo deambular, su inquietud y su respiración agitada le conferían aún más ferocidad a su aspecto altivo. Miraba de un lado a otro

en busca de una salida, su cuello giraba cual péndulo olisqueando el miedo. Cualquiera que pudiera observarle huiría en otra dirección por temor a convertirse en carroña, o bien intentaría bajar la cabeza y camuflarse hieráticamente. Las pocas presas que había así lo hacían, alguna valiente con el rabillo del ojo miraba esperando un movimiento en falso para salir corriendo de forma despavorida. Más aun observando su boca moverse, salivando, como si hablara consigo misma.

Todavía no había matado, en su mísera vida le habían enseñado a hacerlo, era muy fácil, pero esa soledad en la que se encontraba le reprimía de hacerlo o tal vez la cobardía, pero en ese momento en su mente solo existía el termino supervivencia.

Al abrirse las puertas un gran número de piezas entró en su espacio, la adrenalina brotó, su pecho henchido por el valor renacido le impulsó hacia delante. Con sus garras afiladas empujó a su primera víctima, a la segunda le atravesó el corazón. El movimiento fugaz tantas veces entrenado no hubiese sido captado por un ojo humano. Sabía que había herido de muerte, la satisfacción le invade, parece sonreír, hasta que se da cuenta del cambio, ha pasado de ser cazador a presa.

El tren sigue parado en Legazpi. Él anda por el vagón, corre, lanza golpes, objetos. Su cuchillo busca más sangre, a la desesperada vacía un extintor, aprovecha la confusión y corre, una marea se le viene encima, corre, golpes que le hacen caer, corre, se incorpora y ...

El apuñalado tras dar cuatro pasos se desploma, no puede correr, no puede levantarse.



Segundo accésit

Juan Carlos Sanz Delgado

CENA DE CLASE

El Consejero de Transportes nos invitó, a todos los directivos de metro, a cenar para celebrar el fin de la huelga y el despido definitivo, sancionado de forma irrevocable por el Juez, de los sindicalistas más activos, y no es que seamos antiobreros pero no nos gustan los huelguistas. El restaurante era de abolengo y la conversación fluía llena de cordialidad y buen humor. El único pormenor era un camarero que, a momentos, venía a dislocar la euforia de los comensales con sus comentarios a destiempo, sus lagunas bochornosas y los escandalosos fallos de su inteligencia.

La cena, no obstante, transcurrió más o menos bien. Los elogios a la comida fueron sucediéndose espontáneamente, con admiración de estómagos agradecidos. Los “exquisitos”, los “sublimes”, los “inefables” y los “divinos” fueron escalonando la subida del panegírico gastronómico. Llegaron los postres con los honores que se merecían, entre aplausos y vítores de entusiasmo colectivo. Fue en ese momento cuando el Consejero se sintió indispuerto y un sudor frio le brotó de la frente. A los pocos momentos le salió de dentro un grito

descontrolado y trágico y cayó, revuelto en vómitos, con los ojos vidriosos y unos retortijones que parecían los de un endemoniado. Pero lo peor fue que el director empezó a sentir los mismos síntomas, al tiempo que fui golpeado por un dolor súbito que me doblo por la mitad, quitándome el habla y el color de la cara.

Los demás ya no se movían y yacían desmadejados en distintas posiciones absurdas, víctimas del terror y del mismo mal que nos corroía las entrañas. Sólo nuestro camarero no parecía afectado por el dramático espectáculo e incluso creí sorprender una media sonrisa en su miserable cara de discapacitado funcional. Entonces comenzó, lentamente y con manos diestras, a quitarse su camisa de barman dejando aflorar otra que llevaba escondida y que nos era horrorosamente familiar; la camisa de los trabajadores de metro. Con el último atisbo de consciencia tuve la vaga intuición de que todo era tarde y de que él, perfeccionaría su risa sobre nuestros cadáveres.

Año 2011



Primer premio

Ana Madarro Racki

CUELLO DE GATITO NEGRO EN LA LÍNEA TRES

La boina negra sobre los rizos negros sobre el rostro negro. Unos volantes de seda blanca asoman bajo el abrigo. Bajo la seda blanca la mano tan negra, la palma tan blanca. La mano tan negra de palma tan blanca vaga solitaria por la barra de apoyo. Sube y baja, los dedos bailan sobre la barra, sobre teclas invisibles, se arquean, luego siguen su ritmo con pequeños intervalos. Una mujer lee un cuento de Cortázar, también a intervalos pasea la mirada distraída sobre la boina, los rizos, la mano, la leve agitación de la seda. Baja y sube gente con mochila a la espalda. La mano continúa su baile solitario sobre la barra. Lucho hoy no viaja en la línea tres.



Segundo premio

Alberto Marina Moreno

SE LES PUEDE VER

Como todos los días, me encuentro con ella en un abarrotado vagón. Tan seria y segura de si misma. Nerviosa, mirando por encima de los viajeros como buscando a alguien.

El aparece en la siguiente estación. Joven y desprendido. Con una tímida sonrisa se abre paso hasta ella. Un ligero cruce de miradas sirve de saludo.

Emparejados, mantienen una ínfima distancia pese al poco espacio.

Buscando apoyo en una barra repleta de manos, el cubre con la suya un anillo de casada. Ella reacciona rompiendo la distancia que les aísla. Rápidamente, cuellos y cabezas se ensamblan en perfecta armonía. Pagaría por oír sus susurros.

Ligeros y cortos besos en su oído, la trasladan durante el viaje a un éxtasis incontrolable.

Irradiando placer, apaga sus ojos despejándose de las miradas ajenas.

Mientras, el vigila de reojo. Me mira. Estoy segura que sabe que siempre les observo. Al hombre le gusta hacer saber sus éxitos.

Un acordeón buscavidas nos traslada a las mismísimas estepas caucásicas.

En pleno fragor, denota una mueca entre dolor y placer tras la descuidada barba. En el trasiego de viajeros del vagón, adivino una ágil mano, sin anillo, rozándose con los botones de su raído vaquero.

Es el quien ahora, cierra los ojos. Ella, mirada perdida. Impasible. ¡Como disimula! Me hace mucha gracia.

Surge una voz femenina en el vagón. ¡Próxima estación: Estrecho! El, abandona aquí. Pero, aprovecha hasta el último segundo para soltarse de quien le ata.

Se le puede ver caminando por el andén. Joven desprendido y sonrisa tímida.

Ella, trasnochada, observa cómo se alejan. Uno más rápido que el otro.

Con un leve tic, recompone su figura. Me oferta una lánguida mirada, como haciendo ver que allí nada pasó. Se apea en la próxima.

Se la puede ver caminando por el andén. Tan seria y segura de si misma. Observo como nos alejamos. Una más rápida que la otra.

Un leve tic, nos recompone. A mí y al vagón que reinicia su marcha.

En el metro, unos leen, escuchan música, duermen y hasta piensan.

Otros, aman. Yo amo. A los dos.



Tercer premio

Jara Rupérez Matínez

PERDER EL TREN

Todos los días lo mismo. Tenía miedo a bajar del metro. Terror a salir de la estación y encontrar las calles desiertas y ni rastro del mundo tal y como ahora lo conocía. Llevaba ya más de un mes desviándose de su ruta habitual, se bajaba en esa parada y contenía la respiración hasta que salía a la calle y veía que todo seguía como siempre. Como él esperaba que estuviera siempre.

Se acordaba entonces de las historias de su abuelo que tuvo que vivir una guerra y pasó hambre, mucha hambre. Vivía en el metro, escondido, vagando por los túneles y durmiendo sobre el suelo. Siempre lo contaba. Que no sabía lo que era pasar hambre y frío y de verdad, le decía siempre. Y que las cicatrices se llevan por dentro para que no venga el primero que pase a meterte el dedo dentro. Y su abuelo, llevaba por dentro la cicatriz de una herida tan grande que había llegado a hacer mella en el corazón del nieto. Le dijeron que la guerra había terminado y no quiso salir del metro. No quería ver en qué se había convertido su barrio, ni las ruinas de su casa, no quería saber qué ausencias le esperaban a la salida de ese túnel que le había cobijado durante tanto tiempo. Le tuvieron que sacar a rastras y no le gustó lo que vio. Los ojos se le volvieron grises como aquella triste realidad que lo invadió todo y esa telilla velada que cubría su mirada, que la protegía de tanto dolor le acompañó hasta su muerte. Los médicos la llamaron cataratas pero el nieto sabía que era un mecanismo de protección del cuerpo. Y el corazón lo tenía bastante maltratado el abuelo...

Y, quizás, por eso le dolía tanto al nieto pensar que al salir del metro todo habría desaparecido. Y como todas las mañanas subió las escaleras mecánicas cargado de bolsas de la compra y se dirigió al campamento. Las dejó sobre el mostrador y sonrió mientras miraba la Plaza Solución en plena actividad. Todos seguían allí.



Cuarto premio

Anaïs Montero López

MI TÚNEL SOLITARIO

Estuve esperando años. Bueno, no sé si años, meses o tan sólo unos minutos, pero se me hizo eterno. Estaba sentada en un rincón de mi mente, sintiendo el suelo húmedo de mis ideas, de mis sueños. El tren tardaba en llegar y yo seguía en el mismo sitio, sin avanzar ni poder salir a la superficie para continuar mi camino a pie. Estaba sola, completamente sola. Necesitaba que llegase el tren. No un tren, sino EL TREN. El que trajera tiempo para olvidar aquellos momentos de insípida soledad, tiempo para recuperar las horas que había pasado pegada al helado cristal de mi ventana exhalando recuerdos, el tren que atropellara el pasado y abriese las puertas para llevarme al presente. El tren que tenía que llevarme de nuevo a mí, a mi vida. Y ahí estaba yo, que ni siquiera tenía música para evadirme. No llevaba ni el billete, aunque suponía que eso no importaba. ¿Para qué quiero un billete en un tren que sólo está en mi cabeza? En un tren donde únicamente viajaría yo. Empezaba a inquietarme la espera, porque no hay nada peor que estar en tu propio ser y no poder salir de él. Quise imaginar que volvería a sonreír. Quise pensar que daba igual cuánto esperase, si al final, volvería a ser yo. De repente, empecé a escuchar un murmullo lejano, muy lejano. Seguí imaginando cómo sería volver, cómo sería no sentir el pecho vacío como se hallaba en ese instante. Y antes de que me diera tiempo a pensar en algo más, en el momento en el que iba a sonreír, el tren se plantó frente a mí con una oleada de aire fresco que me despeinó. Me levanté decidida, y me subí a él. A aquel vagón vacío, donde me encontré de nuevo conmigo misma y pude escapar del túnel solitario. Creo que todas las personas subimos a un tren que nadie más conoce, un tren donde sólo viajamos nosotros dentro. No tengo claro dónde te lleva, pero sé que algún día tendré que volverlo a coger.



Quinto premio

Maite Garrido Courel

BEATRIZ ANTE EL ABISMO

-Pues coge el Metro, mamá, que no pasa nada.

Pero sí pasaba. Llevaba demasiados años recorriendo las ciudades, y sobre todo Madrid, en coche. No recordaba la última vez que había tenido que coger el subterráneo, y le daba auténtico pánico bajar por las escaleras mecánicas que le llevaban a un submundo desconocido para ella. El infierno de Dante comenzaba en aquella boca de metro. Beatriz guardó el móvil y volvió a contar el dinero de la cartera. No, no le daba para un taxi, y tampoco tenía la tarjeta. El tipo del taller le miraba entre extrañado y curioso.

-Señora, ¿le ocurre algo?

-Nada, que mi hija no puede venir a buscarme

-Tiene un Metro ahí mismo.

El calor le golpeó en la cara como una bofetada. La gente caminaba apresurada, decidida y sin duda de hacia dónde dirigirse. Beatriz miró el intrincado mapa. Estaba sudando. Con dificultad se quitó la bufanda que se le quedó enganchada al collar. Tiró de él, ansiosa, y miles de cuentas se desperdigaron en todas direcciones. En un acto casi reflejo se agachó a recogerlas, una creciente angustia le subía por la garganta.

-¿Señora Beatriz?

Beatriz alzó la mirada completamente desconcertada.

-Soy yo, ¡Manuela!

Manuela había estado años trabajando en su casa como niñera. Ahí de pie, con su eterna cara aniñada, se le antojó un ángel.

-Vamos Señora, que le ayudo

Beatriz se dejó hacer. Se agarró del brazo de su cuidadora como un salvavidas en medio de la tormenta. Los sonidos del Metro volvieron con intensidad: un músico que tocaba una triste melodía, el rugir de los trenes, todo envuelto en un murmullo indefinible y cavernoso.

Beatriz miraba todo con estupor, se sentía indefensa.

-No se preocupe Señora, al principio siempre asusta, pero luego una se acostumbra.

Miró a Manuela como reconociéndola por primera vez.

-¿Tú lo coges todos los días?

Manuela sonrió, -todos, Señora.

Y Beatriz comprendió, mientras el andén se llenaba de gente, que el abismo que separa a las personas, a veces, puede ser un Metro

Año 2012



Primer premio

Sol Gómez Arteaga

CRUDA REALIDAD

“Permanecía sentado sobre su manta en un rincón de la estación de Atocha, el tetrabrik de vino al lado, cuando los vio aparecer: Una docena de Robocop persiguiendo a unos cuantos hombres que huían aterrados. Se acurrucó sobre sí mismo, metió la cabeza entre las piernas y se tapó los oídos con las manos, pero siguió escuchando dentro de sí los gritos salvajes, las voces atemorizadas, los golpes sordos, los lamentos. Estuvo mucho tiempo hecho un ovillo, hasta que poco a poco se hizo el silencio. Cuando levantó la vista todo había vuelto a la normalidad. Hacía meses que no tenía una de esas crisis que a veces le daban y que le hacían oír siniestros sonidos dentro de su cabeza. En el albergue le habían dicho que eso le pasaba por beber, y que debería dejarlo. Pero hacía casi un año que no pisaba el albergue, mientras su dosis de alcohol crecía día a día a pasos agigantados. “Para entonar el cuerpo en las noches de frío”, se engañaba a veces. Puta bebida. Con rabia arrojó el tetrabrik fuera de sí y salió a la calle. Tras recostarse en el banco que últimamente le servía de lecho y taparse por entero con la manta, se fue quedando dormido.

Cuando despertó se frotó las piernas entumecidas y recordó vagamente su delirio. Pero el deseo de un trago de vino era más fuerte que el temor a una nueva alucinación. Iría a buscarlo a la tienda de chinos. Al pasar por el kiosco de prensa le llamaron poderosamente la atención los titulares: “Rodea el Congreso”, “Manifestación multitudinaria”, “Represión policial en Atocha”. Se dio cuenta de que lo de anoche había ocurrido de verdad y se alegró: era una señal de que no estaba tan mal como creía. Pero tras unos instantes de reflexión tomó conciencia de la cruda realidad del país. No siempre había sido un excluido, un sin techo y un borracho, como la mayoría de la sociedad le etiquetaba, y este era un momento de lucha. Girándose sobre sí mismo con determinación se dirigió a Neptuno.”



Segundo premio

Juan Bosch Miró

UNA RELACIÓN A TODO TREN

“Ahora, mientras el segurata me lleva a declarar, lo único que guardo en la retina es la cara de terror de la maquinista al recibir el impacto.

En el Metro había empezado a intimar con ella y en el Metro tenía que acabar con ella.

No es que viva instalado en el capricho, sino que vivo en El Capricho, en mayúsculas, y trabajo en la Casa de Campo. Tomo el metro en esa estación.

Aunque son unas 30 estaciones, 30, prefiero ir cómodamente sentado en la línea 5, sin hacer transbordos.

Mi error fue permitir que, desde el primer día, me acompañara en mis desplazamientos al trabajo y en mi vuelta a casa.

No es que nuestras relaciones fueran mal. Al contrario, era, cada vez, más “íntimas y gratificantes”. Con ella jugaba. Le hacía fotos a todas horas. Me gustaba su tacto. Su mirada, siempre requiriendo mi atención. Era como zozobrar en un inmenso océano.

Yo había perdido el mundo de vista. Sólo tenía ojos para ella. En definitiva, se había ido convirtiendo en una obsesión. Mi único oasis de calma lo encontraba en el trabajo, aunque no podía dejar de pensar en ella. Ni en casa, ni en los mejores momentos de asueto, ni, por supuesto, en mis ratos en el Metro, cuando la tenía junto a mí. Todo el mundo se percataba de nuestro apasionamiento. Y nos miraba con envidia.

Por eso, esta mañana, preso del estado de enajenación al que me había llevado, decidí acabar con ella.

Salimos de casa como de costumbre, pero bajamos corriendo las escaleras de la estación. No podía aguantar más.

Al llegar al andén, se nos escapó uno. La besé impulsivamente. No sé si ella tuvo la premonición de que ese beso podía ser el último. La gente, lejos de apartar la vista, nos miraba extrañada.

Por fin llegó el siguiente convoy. Cuando entró, la arrojé contra la máquina.

Nunca olvidaré la cara de la pobre maquinista cuando su cuerpo estalló contra el tren.

Al fin me había deshecho de la Tablet.”



Tercer premio

Manuel Fernández Suárez

LA MISMA SAÑA

“Ocurrió de improviso. No dio tiempo a nada, no teníamos escapatoria. Veníamos tan tranquilos de la concentración ante el Congreso, charlando, riendo y de vez en cuando seguíamos coreando aquello de “*que no, que no, que no nos representan*”, y de repente en el metro ¡dentro de la estación! nos quedamos indefensos ante los *madelman de casco y chaleco* que como fieras descargaron sus porras contra nosotros.

Fueron décimas de segundo, sin saber por qué, de rodillas en la escalera, mientras la porra bajaba como una exhalación, mil cosas pasaron por mi mente, como un resumen sobre acelerado de mi vida, cosas que no recordaba que hubiesen sucedido, de mi infancia y adolescencia, amigos y amigas, familiares desaparecidos...

Después todo en blanco. Sábanas blancas, paredes blancas, luces blancas, batas blancas, semanas y semanas en blanco.

Dicen que he tenido suerte que recuperaré el habla y la movilidad, que tengo que esforzarme y superar esta desolación fría que ocupa mi cuerpo y mente.

Dicen que he tenido mucha suerte, que el juez archivó mi causa por *resistencia grave a la autoridad* y que ya no me condenarán a pena de cárcel como a los demás.

Dicen que he tenido mucha suerte, que *he caído de pie* al poder estar ingresado en un lugar tan especializado como este...

Han pasado tres meses y las cosas han cambiado. Ya puedo hablar, bajito pero puedo hacerlo: *¡No al cierre!, ¡no al cierre!...* Estoy aterrorizado, acaban de salir de sus furgones los *madelman de casco y chaleco* y están desplegándose entre nosotros y las puertas del hospital nacional de paraplégicos. El Gobierno ha

decretado el cierre en esta nueva tanda de recortes y todos estamos en la calle. Sólo somos un centenar de enfermos, médicos, familiares y algunos solidarios, pocos.

Nuestras sillas y aparatos nos impiden retroceder como quieren que hagamos los *madelman* odiados. Parece que van *a cargar*, como la otra vez, parecen incluso los mismos, con la misma saña...”



Cuarto premio

José Raúl Zamora Villena

BREVE ENCUESTO 2012

“Madre mía. Que no me vea, que no me vea. Joder, está hecha un adefesio. Dicen que es normal que los parados acaben engordando, pero esto es exagerado. Santo Dios. Qué mal. Tengo un agujero negro en el estómago, lo noto. Debí coger el coche, no ver a nadie. Cinco paradas para Bilbao. Mírala, con su paraguas rojo del Santander y ese pelo de estropajo. Puaj. Es curioso la rapidez con la que algunas mujeres pasan de tener un polvazo a dar pena. Qué cabrón soy. Algo se está pudriendo en mi estómago. ¿Me habrá visto? Mirarme no me mira. Mejor así. Tampoco tengo que avergonzarme de nada, la verdad. Tomé una decisión racional, previsión de pérdidas dijeron desde arriba, pues bien, antes sacrificar un puesto que sacrificar diez. Mejor así. Le tocó a ella como le podía haber tocado a otro. Se quedó fuera. Nosotros nos quedamos dentro. Fin. Nada personal. Hay un bicho muriéndose en mi estómago pero no duele. Y tampoco te vayas a creer que es tan bonito: cuarenta horas semanales, más el transporte. Cincuenta putas horas de curro y gracias. Porque la cosa está muy mala. Y lo de dentro es una cárcel, pero bien. Mejor así. Mi estómago es la jaula de una rata

moribunda que se defiende. Y no, no, tan de puta madre no es. Si nos quedamos es por el dinero, sin duda. Es el dinero, idiota. Estoy dentro, no me quejo. Mejor así. ¿Estar fuera? Algunas veces he soñado con estar fuera, tener tiempo libre, pensar, dedicarme a mi familia. Terminaría aburriéndome, seguro. Y la pasta. Mejor así. Llevo 15 años dentro, sin fantasías. No siento nada en el estómago. Me bajo, me bajo en la próxima. Pobrecilla, de vagón en vagón, qué mierda, qué injusto; que no me vea. Perdón, yo no quería. No es nada personal. Es el dinero, idiota. Debimos haber calculado de otro modo. Debimos tener más cuidado. Yo no quería coger el metro. Tengo coche, joder.

Uf, no es ella, no es ella.

Menos mal.

No se puede mendigar en el metro, señora.

Mejor así.”



Quinto premio

Javier Gimeno Fernández

DEJEMOS LOS BESOS...

“El primer tren del día lo que tiene son muchos asientos vacíos, ella se sienta en uno de ellos y sube las piernas al contiguo. En la ida no consiguió sitio por lo que permaneció en pie durante todo el largo trayecto, se acordó de sus tacones.

Como todas las mañanas que vuelve a casa encuentra tiempo para su única afición, la lectura. Saca del repleto bolso un libro con hojas amarillentas y aspira el olor, eso no se puede apreciar en los libros

electrónicos, los aborrece. Es una mujer de costumbres, en su regazo abre el libro, contempla la fotografía de él, la cual utiliza como marcapáginas y sonríe, es el mejor momento de la madrugada. Comienza a navegar entre palabras, cuando sus ojos entremezclan los renglones decide cerrar un poquito los párpados, no se dormirá. Sabe que cuando se vuelvan a abrir las puertas en la siguiente estación un grupo de chicas comenzará a hablar a un volumen alto, parecerán gritar, como todos los días. No fallan, y no la dejan echar una cabezada. Se bajarán en su misma parada, ella pensará en él. Pese a haber estado toda la noche trabajando, lo primero que hará al llegar a casa será despertarle con besos, desayunarán juntos y cuando su amor se haya ido se pondrá el pijama y se meterá en la cama. Tiene que aprovechar el poco tiempo para disfrutar de su compañía.

Con el traqueteo parece que las voces se callan, el calor del primer vagón la mece, su respiración se hace más profunda. Cuando el libro cae, el sonoro golpe la despierta, no sabe bien donde se encuentra, recoge el libro del suelo y busca la fotografía de su hijo. No la encuentra, se pone nerviosa, es demasiado importante para ella. Un hombre con una copa -por lo menos - de licor a modo de desayuno se la entrega con una amplia sonrisa pícara, con aire seductor. Tal vez la conozca pero su jornada ha acabado, aunque tiene más pinta de ser cliente de las africanas que no dejan de hablar sonoramente.”



Mención especial

Sagra Correas Amador

CARTA A PUNTO DEL RÉCORD DE LOS DIEZ MIL METROS

“Siete de la tarde. Metro de Aluche. Me encanta esta estación en otoño: está al aire libre. Y eso puede tener consecuencias felices. Porque hoy ha llovido. Y hay cerca tierra limpia. Y si huele a tierra limpia mojada, huele a ti. Y tu ausencia empieza a contar de nuevo sólo a partir de ese momento.

Siete de la tarde y es Noviembre: en el cielo azul muy marino, miríadas de estrellas después de las nubes. Me transportan de vuelta a un lugar, por otro lado muy distinto. En Addis-Abeba, en una noche clara, se ven además Mercurio, Venus, Marte muy rojo, Júpiter, Saturno y la Vía Láctea. Y estoy allí, caminando rauda por las dunas hacia el consultorio más próximo: no hay peligro, soy blanca y eso aquí abre muchas puertas. Para empezar, abre el grifo de la ducha...después de un día eterno a cincuenta grados atendiendo a niños rotos de hambre, yo mereceré sobre mi cuerpo el agua calmante y tibia que no conseguirán recibir sus madres sobre los suyos...

Pííííí El retraso del metro en día de huelga...es al final tan insignificante comparado con esta hecatombe actual y cotidiana, que hay quien llama cambio de era...que antes de que pueda volver a preguntarme por qué nunca ofrecí mi ducha a cualquiera de aquellas mujeres o por qué yo no hago huelga este jueves... el vagón abre su boca, me ensaliva, me engulle... y me salva...entonces sólo quiero que, como previsto, él me lleve hasta tu cama y descarrile lanzándome a tu pecho ¡y me estrellé contra ti en un coito irremediable, ineludible, apasionado y tierno....¡

O quizá no quiero eso. Y en Ópera consigo deshacerme del abrazo del olvido. Y salgo a asfalto firme. ¡Descontadme el sueldo del día de huelga, devolved al desierto el agua de mil duchas no disfrutadas¡¡....en una palabra, dejadme seguir Viva, aunque al final del viaje, sobrepasada la frontera de los diez mil metros recorridos, a much@s os parezca una loca sin motivos.”



El Certamen de Relato Breve, a partir de su X edición en 2012, pasa a denominarse *Certamen de Relato Breve Raimundo Alonso*. Un metro de 350 palabras, y es convocado organizado y premiado conjuntamente por la librería *Traficantes de Sueños*, y la anarcosindical *Solidaridad Obrera*